

peregrinar, se hospedó en casa de diferentes personajes míticos, a los que, como recompensa por la hospitalidad recibida, les regaló el *cereal* (Deméter es la *Ceres* latina).

Un caso muy famoso es el de Triptólemo. Deméter se presentó a la madre de éste vestida de simple mortal, ofreciéndose como nodriza para su hijo, todavía en pañales. La diosa quiso hacer inmortal al pequeño; para lograrlo, lo sometió a una nocturna inmersión en fuego. El padre de Triptólemo, según unas fuentes (la madre, según otras), la sorprendió en medio de esta operación y le impidió llevarla a cabo. De cualquier forma, Deméter quiso ofrecer un regalo al niño y, dándole una semilla de cereal, le encargó que difundiera por el mundo el grano —hasta entonces desconocido—, atravesando la tierra sobre un carro tirado por dos dragones.

Cuando Deméter buscaba a su hija Perséfone, llegó junto al rey Eleusino, cuya esposa Cotonea había dado a luz al niño Triptólemo, y fingió ser una nodriza para amantarlo. La reina recibió con placer a esta nodriza para su hijo.

Deméter quería convertir en inmortal al niño; de día lo alimentaba con leche divina y por la noche lo cubría en secreto con fuego. Así, pues, Triptólemo crecía de manera distinta a como suelen crecer los mortales. Sus padres se admiraron de que así sucediera, y espionaron a la diosa. Cuando lo iba a meter en el fuego, el padre se espantó. Deméter, irritada, quitó la vida a Eleusino y otorgó a su pupilo Triptólemo un don eterno. Le entregó un carro tirado por dragones para que diese a conocer los cereales. Conduciendo ese carro, Triptólemo sembró toda la tierra de cereales.

Higino, *Fábulas*, 147, trad. Santiago Rubio.

Análogos son algunos mitos que explican el origen del cultivo de la vid, el otro elemento esencial en la alimentación consuetudinaria de los griegos. Se contaba, por ejemplo, que Icario fue el primero en aprender la técnica de producción del vino, luego de haber recibido de Dionisio el primer sarmiento de vid, a cambio de la hospitalidad ofrecida al dios por el mortal. Según una de las versiones (escolios a Homero, *Iliada* XXII 29), Icario, siguiendo las órdenes de Dionisio, vagó por la tierra para hacer a los hombres partícipes de aquel don, llevándose consigo en su peregrinar al perro de su hija Erígone. Llegado que hubo junto a un grupo de pastores, les ofreció vino. Algunos de los pastores bebieron sin medida y se emborracharon; otros, que desconocían por completo los síntomas de la borrachera, sospecharon que Icario había envenenado a sus compañeros y le dieron muerte. Erígone se enteró de la muerte de su padre por los lamentos de su perro y, rota de dolor, se ahorcó. Los tres protagonistas del cuento se transformaron, catastróficamente, en las constelaciones del Boyero (Bootes), el Can y la Virgen, cuya aparición en el cielo, en otoño, se consideraba la señal para que diese comienzo la vendimia. (Cfr., por ejemplo, Hesíodo, *Trabajos y días*, vv. 609 ss., y Arato, *Fenómenos*, v. 138.) En este mito se delinea claramente una oposición entre Icario, primer representante de una civilización agrícola (en especial, de la viticultura), y los pastores que, por ignorancia o por inexperiencia de los efectos del vino, lo mataron (la misma oposición entre agricultores y ganaderos que está presente en tantos *westerns* y, desde luego, en los álbumes de *Lucky Luke*). De ese modo, la peripecia de Icario, al mismo tiempo que explica el cultivo de la vid

y la existencia de astros relacionados con ese cultivo, margina el pastoreo como una actividad económica superada por la agricultura. En una civilización agrícola como la griega, una economía que ignorase la agricultura y, en consecuencia, se basase en la simple recolección de los productos que la tierra ofrece espontáneamente, en la caza o en el pastoreo, era una economía superada y obsoleta.

A este respecto, hay que decir que la actividad venatoria —entre los griegos más un pasatiempo que un medio de subsistencia— se refleja de manera muy peculiar en la mitología. Los personajes dedicados a la caza se comportan con frecuencia de un modo reprochable bajo diferentes puntos de vista, y se ven destinados, la mayor parte de las veces, a una muerte prematura y trágica. De esa forma, la realidad a la que están ligados se presenta con unos matices decididamente negativos, lo que sirve para realzar, como contraste, la conveniencia de la práctica agrícola, valorándola como el único modelo de vida aceptable en época histórica.

Interesante es, por ejemplo, el episodio del cazador Perdicas, a quien se atribuyó una irregular e incestuosa pasión por su propia madre, lo que constituía ya de por sí una excepción transgresora a las reglas normales de convivencia. Dicho Perdicas, aburrido de la caza y temiendo una muerte violenta —como la que tuvieron cazadores de la categoría de Acteón, Adonis o Hipólito— se dedicó a la agricultura. Pero no habituado a ese tipo de trabajo, murió, extenuado de fatiga, sin haber conseguido obtener una sola cosecha satisfactoria. El abandono de la caza por parte de Perdicas, y las motivaciones de su elección posterior, indican, desde la óptica de la civilización griega, la negatividad de una economía ya rechazada en el más remoto pasado mítico. Por otra parte, el fracaso de Perdicas como agricultor es señal de su alejamiento inicial de la esfera agrícola. En otros términos: con relatos como los de Icaro y Perdicas la cultura helénica quería dar a entender la incompatibilidad de su *modus vivendi* con los *modi vivendi* de las sociedades dedicadas con preferencia a la caza o al pastoreo. Estas últimas podían tan sólo encontrar un lugar en la dimensión mítica, en aquel tiempo *diferente* en el que se gestó la realidad «actual», basada en una economía de tipo agrario.

3. Mortales e inmortales. Cuando los hombres no morían. Significado de la muerte

Uno de los términos más frecuentemente usados por los griegos para referirse a los hombres era *thnetoi*, «mortales». La necesidad de la muerte constituía, en efecto, para la cultura helénica, un elemento más que suficiente para designar la condición humana. Es obvio que también los animales mueren, pero su desaparición resultaba para los griegos un suceso natural insignificante, una vez garantizada —en medida bastante para las necesidades del hombre— la continuidad de la especie. Sin embargo,

la mortalidad humana les parecía un hecho doloroso que había que subrayar y valorar, sobre todo en contraste con la inmortalidad de los dioses, que son los *athánatoi*, los «inmortales» por excelencia.

Los dioses no tienen sangre; es la sangre que corre por las venas de los hombres lo que, a juicio de los griegos, determinaría no sólo las principales funciones vitales del organismo, sino también su propia muerte. Además, mientras los mortales se alimentan de pan y vino —origen de la sangre humana—, los dioses se alimentan con exclusividad de néctar y ambrosía, origen de un líquido vital diferente, llamado *icor*, que les vuelve inmunes a la muerte.

En el sacrificio, era diferente lo que «pertenece» al hombre (carne del animal) y lo que se ofrecía al destinatario divino. A la divinidad se le dedicaba una mínima porción de la víctima (la grasa y los huesos), considerando que los dioses, dados sus peculiares hábitos alimentarios, se contentarían con el humo procedente del acto de quemar esa parte de la víctima. De manera que todo rito sacrificial repetía *ad infinitum* la partición del buey por Prometeo en Mecone, reactualizando los efectos de aquel episodio mítico y primeval del que derivó, en primer lugar, la separación entre dioses y hombres y, en segundo lugar, la necesidad de la vejez y muerte de estos últimos. Desde este punto de vista, incluso el hecho de que el hombre comiese la carne de las bestias sacrificadas sancionaba, en el plano alimentario, su insalvable distancia de los *athánatoi* y su condición perecedera.

En otros términos: cultivar la tierra, criar animales, cazar y consumir los productos de semejantes actividades (cereales, vino, carne...) es una condición irrenunciable de la vida humana, y lleva consigo también el hecho de morir, contrapartida inevitable de la existencia del hombre en el mundo.

Por lo demás, un mundo sin muerte produciría una serie de desarreglos que impedirían el normal desarrollo de la vida sobre la tierra. En las *Ciprias* o *Cypria*, poema épico atribuido a Homero, se menciona uno de estos desarreglos, que tuvo lugar en el tiempo del mito.

Había entonces innumerables estirpes de hombres errantes sobre la tierra (...), la extensión de Gea la del amplio seno. Zeus, viendo esto, tuvo compasión de ella y, en sus juiciosos pensamientos, meditó aligerar de tanta carga a Gea de todos nutricia; a tal propósito suscitó la gran contienda de la guerra iliaca, para que el peso de los mortales fuese disminuido por Tánatos. Y los héroes morían en Troya: se cumplía la voluntad de Zeus.

Cypria, fragm. 1, trad. Alberto Bernabé.

Las *Ciprias* son el poema que narraba los antecedentes y primeros años de la guerra de Troya, introduciendo así los episodios narrados en la *Iliada*. El motivo de la necesidad de morir como causa de aquel mítico conflicto bélico debía estar muy vivo en la conciencia religiosa de los griegos, tanto más cuanto que la caída de Ilión constituía uno de los temas centrales de su mitología. La narración contenida en el fragmento 1 de las *Ciprias* es, por lo demás, uno de los muchos relatos sacros mediante

los cuales los griegos explicaban la necesidad de morir. Todos ellos insistían en que, para que se cumpliera adecuadamente el ciclo generativo humano, el excesivo número de hombres sobre la tierra imponía que unos muriesen para dejar espacio a los que nacían.

El tiempo, pues, en que los hombres no morían se sitúa en una dimensión claramente mítica. Hay múltiples maneras de mostrar la inexistencia de la muerte en la época de los orígenes. No es necesario contar que *entonces* los hombres no estaban condenados a morir; basta decir que se moría de una manera completamente distinta a como se muere en la realidad.

El momento de la muerte supone indiscutiblemente un alejamiento irrecuperable: el que muere no puede volver a vivir. El tiempo del mito (el Tiempo con mayúscula), sin embargo, es aquel en el que este hecho, tan absolutamente evidente en la dimensión actual, todavía no está totalmente definido. Hubo una época en la que se podía elegir morir en lugar de otro: así lo hizo Alcestitis para salvar de la muerte a su marido Admeto. Por otra parte, entonces incluso era posible combatir contra Tánatos, la deidad de la muerte; lo hizo Heracles, con el fin de devolver a Alcestitis al mundo de los vivos. Existen otros casos, además, en la mitología griega en los que es posible entrar en el mundo subterráneo y regresar con vida, cosa que en la realidad no puede y, sobre todo, no *debe* suceder.

Relatos de este tipo remiten a una esfera cronológica en la que la muerte existe ya, pero no es todavía la muerte actual, pues aún no se han definido sus rasgos esenciales. ¿Qué clase de muerte es, en efecto, una muerte que puede permutarse, ser rechazada, vencida en combate o hasta curada, como si fuese una enfermedad?

Asclepio, por ejemplo, era capaz de curar hasta a los muertos. Ahora bien —pensaban los griegos—, si este tipo de curaciones trascendiesen a la realidad, se produciría un inadmisibles trastorno del orden universal: baste pensar en el exceso de población o en una humanidad que envejeciera *ad infinitum*, sin reproducirse jamás. Para el regular desarrollo de la vida humana, el nacimiento es tan necesario como la muerte: precisamente por eso fue Asclepio fulminado por Zeus, para que no continuase dedicándose a la ilícita práctica de resucitar a los muertos y para que, *desde entonces*, el fin de cada hombre fuese absolutamente inapelable.

Asclepio, convertido en cirujano y muy experto en su arte, no sólo impedía que algunos murieran, sino que también revivía a los muertos: había recibido de Atenea la sangre manada de las venas de la Gorgona, y utilizaba la de las venas del lado izquierdo para ruina de los hombres, y la del derecho para su salvación, y así daba vida a los muertos. Encontré que algunos decían haber sido resucitados por él: Capaneo y Licurgo, según cuenta Estesícoro en la *Erifile*; Hipólito, como dice el autor de las *Naupactias*; Tindáreo, según refiere Paniasis; Himeneo, según los órficos; Glauco, hijo de Minos, según relata Meleságoras. Zeus, temeroso de que los hombres aprendieran de él la terapéutica y se auxiliasen unos a otros, lo fulminó.

Apolodoro, *Biblioteca* III 10, 3, trad. Margarita Rodríguez de Sepúlveda.